



## Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

El 16 de septiembre el avión toma tierra en el aeropuerto de Johannesburgo. Comienza nuestro periplo por el continente africano. Hay que cambiar el chip, nueva cultura, comida, clima, paisajes y sobre todo, una realidad más vulnerable. El primer cambio es circular por el otro lado de la carretera, pedaleamos por antiguas colonias inglesas. Nuestra entrada es amable, la calidad de vida en Sudáfrica es mucho más elevada que los países donde habitualmente realizamos los proyectos. El apartheid se abolió en 1994, pero la segregación es patente, hay una línea muy clara en la que blancos y negros están a ambos lados. La discriminación positiva hará que los blancos nos cuiden muy bien mientras nos hablen de lo peligrosas que son las zonas de negros. Situación que después de muchos proyectos jamás hemos vivido, todo lo contrario. A su vez, viajar en bici hará que en las comunidades negras nos acojan con alegría, con lo que somos bienvenidos en todos los sitios y conscientes de la suerte que tenemos.

El rumbo hacia Angola nos priva de conocer los lugares más bonitos de Sudáfrica, pero vivimos dos experiencias que seguimos recordando, la familia de Carmen nos acoge en su casa justo el día que se juntan a leer versículos de la biblia. Son muy devotos y ese libro siempre está en la mesilla de noche. Vivimos esa tarde con curiosidad y surge un debate muy interesante y respetuoso por nuestro ateísmo. La segunda experiencia es que una pareja que regenta un campamento y que su viaje de bodas fue en España, nos deja dormir gratis, no sabemos si por nuestro proyecto solidario o porque guardan un gran recuerdo de nuestro país.

Conforme nos acercamos a la frontera con Botsuana las casas se ven más precarias, techos de chapa, paredes de adobe y lucidas en el mejor de los casos, población negra muy humilde que saluda con efusividad. Pisamos una esterilla con agua gris de cientos de usos para desinfectar nuestras playeras y sellamos el pasaporte en un edificio acristalado, moderno, limpio e inconexo con lo que rodea. Desviamos la ruta a Lobatse para comprar algo de comida. Los supermercados son como hangares oscuros, de pasillos estrechos, neveras calientes, atestados de gente y largas colas para cobrar y para comprobar el ticket y los productos a la salida, imagino que se intentará robar mucho. Nos acostumbraremos a tardar una eternidad para comprar cuatro cosas. Por suerte hay un cajero y podemos sacar pulas. Los primeros kilómetros en Botsuana suponen un pinchazo y un radio roto, llegamos empujando la bici a un colegio en Molapowaboyang que nos deja dormir en una de las aulas. Las escuelas suele ser nuestro refugio habitual en África, son



# África, un desafío muy vulnerable

lugares seguros, generalmente tienen agua y es gratis, el problema es que tienes que esperar a que acaben las clases, asumir que los alumnos se revolucionarán con la visita y que hay que madrugar mucho porque antes de las 7:00 ya están rondando por el colegio. La casualidad hace que a 20km del colegio haya un nave con letras irregulares donde pone "Bicyclefactory". Arreglamos el radio roto mientras dentro ensamblan bicis infantiles importadas de china. Antes de irnos aparece un mercedes del que baja un chico con rasgos hindúes, es el dueño y de regalo nos acoge en su casa. Está claro que ese radio tenía que romperse ahí. Pasamos dos noches en una casa enorme, con un pasillo más grande que la nuestra, luces de neón por todo, excesos proporcionados a la vida al otro lado de un muro con concertina. Nos deja solos porque Hamza, el dueño, tiene dos bodas. Y uno se pregunta ¿meterías a dos perfectos desconocidos en tu casa y le darías las llaves? Seguimos creciendo con estos gestos.

En las primeras etapas de Botsuana pasamos por Jwaneng, donde están las minas de diamantes con más valor producido del mundo. Dormimos de nuevo en su escuela y ahí los alumnos tienen que estudiar bajo los árboles con mesas y sillas rotas de estar a la intemperie porque

no hay aulas suficientes para todos, los lavabos no tienen grifos y la cocina son unas chapas con cuatro piedras en el suelo donde ponen las ollas. "Estamos sentados en una montaña de diamantes y mis estudiantes no tienen donde estudiar", la directora se sincera indignada antes

de despedirnos. Nos hace pensar sobre la riqueza en recursos que tiene África, la explotación extranjera de ellos, la corrupción política que no mira hacia el crecimiento de sus países, sino al de sus fortunas. Este continente sufre desde que los imperios europeos pisaron tierra hace siglos.

Antes de adentrarnos en el Kalahari tenemos dos experiencias muy bonitas. En Pudukudu, un pueblito de parcelas de tierra valladas con maderas y casitas humildes, preguntamos para dormir en el colegio. Una de las profesoras no se siente cómoda con nuestra presencia y nos dice que no podemos. Cuando enfocamos nuestras bicis hacia la carretera, Imeling, la mujer de la limpieza, sencilla, delgada, sonriente, nos ofrece dormir en su casa. Sus hijos están estudiando en Kang y su cuarto está disponible. Dormimos en la tienda de campaña por los mosquitos, pero disfrutamos de una tarde jugando con los niños de las casas de alrededor y la amabilidad de nuestra anfitriona. Al día siguiente, en plena etapa, un hombre, Johan, detiene su furgoneta y nos pregunta hacia donde vamos, le decimos que a Kang, a dormir tres noches para preparar el desierto. "Tengo un hotel ahí y estás invitados". Surgen muchas conversaciones con él, entre ellas que tengamos cuidado con los leones, dato por el que nos regala una bocina muy sonora, pero la más imprevista es que al decir que venimos de España, nos dice: "en 1995 corrí el encierro en Pamplona", le muestro mi pasaporte y la ciudad donde nació y no sale de su asombro. El resto del viaje, seguimos manteniendo el contacto con la certeza de que nos reencontraremos algún día.

Cuando uno piensa en el desierto del Kalahari, a pesar del significado:

### EL APUNTE

### HISTORIA

●●● Destacado. El 22 de septiembre pasábamos cerca de Jwaneng, ahí está la mina de diamantes más rica del mundo. Sólo Botsuana ingresa casi 3.000 millones anuales por la extracción de esas piedras. África cuenta con siete de los países con más producción del mundo y en este viaje pasaremos por cuatro de ellos. Es el huerto donde los países occidentales explotan sus recursos para su beneficio, mientras los africanos continúan con los índices de desarrollo humano más bajos del planeta. Las condiciones laborales son infernales, los salarios exigüos, pero lo peor son los conflictos, las violaciones, la vulneración de derechos que convierten a esas piedras en diamantes de sangre.